



mo, y dijo que sus sobrinos eran los pobres. Juan Francisco Albano, de Pésaro, que después de haber rehusado mucho tiempo la tiara, la admitió al fin con el nombre de Clemente XI, continuó mostrándose muy económico en su modo de vivir; no quiso ver en su corte á ninguno de sus parientes, y les prohibió aceptar títulos ni regalos; los que deseaban agrarle tenían que obrar del mismo modo. Por lo demás, prosiguió los estudios que habian formado las delicias de su vida privada, y terminó la funesta diferencia relativa á las ceremonias chinas, como tambien la cuestion del jansenismo, tanto como es posible hacerlo pronunciando una sentencia. Erigió varios hospitales, una casa para los eclesiásticos extranjeros, otra para los obispos de Mesopotamia que andaban fugitivos; graneros capaces; una nueva puerta; acueductos en Roma y Civita-Vecchia, fortalezas para defender de los berberiscos las costas; reparó caminos, desecó pantanos, é hizo restaurar el panteon, trofeo de la victoria de Cristo sobre los falsos dioses. Viendo que los jóvenes, aunque se les tenia separados de los adultos en las cárceles, salian peores de lo que habian entrado, hizo añadir al edificio de San

Miguel á orillas del Tíber, con arreglo á los planos de Fontana, una casa de correccion para los delincuentes que aún no hubiesen cumplido veinte años. Además de las habitaciones de los carceleros y de un eclesiástico, habia allí trescientas celdas, que formaban tres pisos en deredor de una gran sala, en cuyo fondo se veia una pequeña capilla y el altar. Un prior estaba encargado de la instruccion moral y religiosa de los presos, y artesanos de conocida probidad les enseñaban oficios. Los padres podian hacer encerrar á sus hijos en aquella casa, donde se trataba de corregirlos con el látigo y la predicacion. Aquella penitenciaria, que precedió á los ensayos, objeto hoy de los esfuerzos de todo buen gobierno, subsistió ochenta años. Clemente XI envió cinco misioneros á Persia y dos Abisinia, y comprometió á Luis XIV á obtener de los turcos mejores condiciones para los armenios y demas católicos de Levante. Tuvo la satisfaccion de ver á varios prelados de la iglesia Griega reunidos á la Latina, cuyos intereses vigilaba cerca de todas las potencias; pero sus buenos oficios encontraron obstáculo en una guerra que trastornó de nuevo toda la Italia.

### CAPITULO XXIV

Influencia de Luis XIV.—Messina y Génova.—Los Barbeti.—Sucesion española.

Los males de Nápoles eran comunes á la Sicilia: podian considerarse ambos pueblos como dos cadáveres atados al mismo patibulo. Poco antes de la insurreccion de Masaniello, estalló una en Mesina y otra en Palermo á causa de las gabelas, apaciguada primero con la seduccion y despues con el terror. No tardó mucho sin que el hambre impulsase de nuevo á la rebelion á aquel granero de Italia, y el pueblo de Palermo pedia á gritos la abolicion de los derechos sobre los comestibles. Concedióle el virey, marqués de los Velez, lo que pedia; mas sabiendo la plebe el valor de semejantes promesas, y viendo el apoyo que le prestaban el clero y los nobles, eligió por jefe del pueblo á un batidor de oro llamado José Alessi, el cual reunió fuerzas y abolió las antiguas instituciones, proponiendo reformarlas en sentido republicano y arrojando á los españoles. Pero como se opusiese al saqueo del palacio del virey fugitivo. Alessi perdió la confianza del vulgo, enemigo de la moderacion, y los nobles se aprovecharon de ello para matarle, en union de otros jefes. Mostrábase siempre la nobleza contraria á tales sublevaciones, sea porque, como clase privilegiada, estaba exenta de muchas de aquellas cargas, ó porque, teniendo capitales en los bancos públicos, trataba de evitar cuanto pudiese perjudicarles; ó finalmente, porque los empleos y cargos honoríficos que obtenian sus individuos hacian que se mantuviesen adictos á

la corte. El virey, á quien el rey Católico trató de cobarde, murió de pesar, y el cardenal Teodoro Trivulzi, dotado de tanto valor como prudencia, apaciguó aquellos disturbios, prometiendo «paz y un nuevo libro;» pero como de costumbre, la paz se convirtió en una sangui-naria persecucion contra los desafectos, y el libro se quedó en lo que era.

Así pues, como las causas continuaban sin variacion, las rebeliones renacian incesantemente, y la corte no veia otro medio de consolidar su autoridad, sino el de oponer una parte de los sicilianos á la otra, concediendo á los unos privilegios nocivos á todos, y fomentando los celosos odios entre Catania, Palermo y Mesina. Esta última habia conservado un resto de sus antiguas libertades: su Senado, compuesto de ciudadanos, de los cuales las dos terceras partes eran nobles y la otra plebeyos, cuidaba de dotar á la patria de hermosos edificios, escuelas, ilustres profesores, y de oponer una barrera al gobernador español; acuñaba moneda, y habia comprado á fuerza de dinero la exencion de los impuestos, que de esta manera pesaban más sobre las otras ciudades. Estas franquicias no impedian los abusos de autoridad por parte de los vireyes, y el duque de Osuna, que habia tenido la ocurrencia de mandar que todos los habitantes de Palermo saliesen enmascarados el último dia de Carnaval, hizo poner presos una vez á los magistrados de Messina, y



llevarlos con cadenas por las calles de Palermo. La pretension de Messina era que se dividiese la isla en dos provincias para ser capital de una de ellas; pero Palermo evitó el peligro pagando una suma de 500.000; escudos no conocia (¿y quién lo conocia entonces?) que la prosperidad particular debía proceder de la general, y no de la decadencia ajena.

El virey Ayala, hombre vano y petulante, aumentó los odios y las reclamaciones queriendo concluir con los privilegios. El duque de Sermoneña, por el contrario, apellidado *Far-moneta*, hacer moneda, por sus manejos ilegales, adoptó el partido de los messineses, y en recompensa de su fidelidad durante los disturbios de Palermo resucitó una antigua pragmática, por la cual la seda de toda la isla no podia ser exportada sino desde Messina. En vano la encontró el rey «contraria á la razon, al derecho natural y á la libertad que debe haber en el comercio, y perjudicial é incómoda en su sumo grado á todo el reino;» no por eso dejó la ciudad de sostener aquel derecho, é hizo, valiéndose del tumulto, que el patrimonio real se conformase con él.

Palermo reclamó; Messina envió personas que sostuviesen aquel privilegio; pero su embajador quiso que se le recibiese como á los de los principes soberanos, y el de Palermo se opuso á ello; disputaron con el calor siciliano, é hicieron reir á la corte, que se aprovechó de aquellas rivalidades para oprimir al país; despues, cuando Mariana, regente en nombre de Carlos II, sentenció el litigio, fallando contra los messineses, se retiró su enviado sin despedirse y protestando. De aquí resultaron agitaciones y facciones interiores: los *Merli* eran del partido del rey; los *Malvizzi* detestaban á los españoles. El matemático Alfonso Borelli pensó resolver la dificultad, constituyendo una república semejante á la de Génova; pero á duras penas se libró de la horca.

En suma, á la disolucion material que en aquellos años (1669) causaba el Etna, vomitando, más terrible que nunca, lava capaz de sepultar comarcas enteras y de incendiar á Catania, se unia el desórden moral causado por la mala administracion. Los turcos, una vez dueños de Candia, amenazaron la Sicilia; por lo cual se

encargó su custodia al principe de Ligny, valiente guerrero, flamenco de nacion. El *estratego*, magistrado comun en tiempo de los griegos á todas las ciudades sicilianas, no habia sido conservado desde la época de los suevos más que en Mesina, donde tenia un tribunal con mero y mixto imperio Luis del Hoyo, impostor, hombre lleno de deudas y disoluto, propuso á la reina, que si le nombraba *estratego*, destruiria los privilegios y las formas republicanas de Messina, como tambien la exencion que gozaban sus magistrados de pagar contribuciones, servir en el ejército y cumplir con otros cargos. Aquel hombre astuto, muy hábil en el empleo de los medios propios para agitar la multitud y sugerirle sus ideas, aprovechando la envidia, el intesés, el fanatismo, al desembarcar se arrojó en tierra, besando el suelo de la ciudad predilecta de Maria. Veíasele á menudo en las iglesias y en los hospitales; comulgaba con frecuencia, hacia grandes limosnas, tenia conferencias espirituales; de suerte que el vulgo le consideraba un santo y creia sacrilegio el contradecirle. Entonces sembró en el pueblo la desconfianza contra los nobles y los ricos; fingió que obraba obligado por el senado siempre que absolvía á un malvado ó enviaba al suplicio á un inocente; despues, en tiempo de carestía, trató de que no llegase más grano, y acusó al senado de ser la causa del hambre; por último, hizo esparcir reguereros de trigo desde las casas de los señores principales hasta la plaza, para dar á entender que lo exportaban de noche.

La sublevacion que aguardaba no se hizo esperar demasiado: empezaron las violencias y los incendios, que él dirigió contra los senadores; pero la pretension de que éstos fuesen elegidos por iguales partes, entre los nobles y los simples ciudadanos, y la tentativa que hizo para sorprender los fuertes, custodiados por la milicia urbana, revelaron su perfidia, y fué declarado enemigo público. No considerándose todavía vencido, se puso al frente de la hez del pueblo y de los presos, y sostenido por los *Merli*, incendió los palacios de los ricos y de los *Malvizzi*; y llamó tropas en su ayuda. El principe de Ligny, virey de la isla, acudió, y con-



vencido de que aquel modo de proceder merecía la horca, condenó á los reos y á él le destituyó; viendo luégo que España se obstinaba en conservar á Luis del Hoyo junto al nuevo *estratego*, enviado con órdenes muy severas, renunció, y la isla quedó entregada á los trastornos y excesos.

Con motivo de la fiesta de la Virgen de la Carta, habiendo el sastre Antonia Adam expuesto un emblema injurioso para el marqués de Crispano, nuevo *estratego*, éste le mandó prender; los vecinos gritaron diciendo que se habian violado sus privilegios, y se unieron á los nobles y á los ricos contra España. Crispano excitó á los *Merli* á hacer unas vísperas messinesas, y habiendo convocado á los senadores al palacio, intentó asesinarlos; pero su imperturbable sangre fria los salvó. Entonces los *Malvizzi* desenvainaron las espadas, rechazaron las tropas que habian ido de Nápoles, y ocuparon los fuertes. Era locura esperar que resistirian por sí solos; así pues, sabiendo los enemigos de España adónde tenian que acudir siempre en busca de apoyo, se dirigieron á Luis XIV.

La ambicion sin límites de aquel monarca no debía perdonar la Italia. Como si estuviese envidioso del brillo que las letras daban aún á este país, trató de atraer á su corte los mejores ingenios, y á los restantes concedió pensiones, algunas veces merecidas, pero con más frecuencia sin merecerlas. Con el sistema de Colbert perjudicó las manufacturas italianas, pues se les imponian enormes derechos de entrada, al paso que las francesas, logrando superar en reputacion á las demas, eran buscadas por todas partes, y la moda obligó á los mismos italianos á traer del otro lado de los Alpes lo que siempre habian enviado allí, hasta los vinos, que les llegaron con el nombre nuevo de botellas. Luis conoció cuán ventajoso le sería poseer á Messina con detrimento de la España; de consiguiente, sin inquirir demasiado el estado de las cosas, envió socorros, siendo los encargados el caballero de Valbelle y el marqués de Vallaboire. Los messineses continuaban rechazando con sumo ardor la escuadra española, compuesta de veintitres bajeles y diez y nueve galeras, al mando de Bayonne; pero sin con-

tar los trabajos de la defensa, se veían reducidos á tres onzas de pan diarias; despues les faltó áun esto, y durante doce dias no se alimentaron más que con animales domésticos. A la llegada de la escuadra francesa, los españoles se retiraron, y la ciudad fué abastecida de víveres, pero en tan corta cantidad, que el hambre empezó á sentirse de nuevo más terrible que nunca.

Luis, que no favorecía á los insurrectos sino por interes propio, envió al fin otra escuadra al mando de Du Quesne, y tomó bajo su proteccion á Messina, dándole por virey á un tal Vivonne, cuyo único mérito consistía en ser hermano de la Montespan. Ocupándose poco en vencer á los españoles, y ménos todavía en reprimir á sus soldados, cuyos insultos exasperaban á los messineses, aquel virey fué la verdadera causa del mal éxito de la expedicion, que le valió, sin embargo, el título de mariscal.

La Holanda, que obraba entonces de acuerdo con España, envió á aquel punto al terrible Ruyter con su escuadra; pero fué mal servido por los napolitanos, á quienes despreciaba mientras que D. Juan de Austria, nombrado por la regente vicario general del reino de Nápoles, para alejarle de Carlos II, se negaba á marchar, precisamente por no separarse del monarca. Ruyter perdió, pues, un tiempo precioso, del que se aprovechó Du Quesne para reunir una numerosa escuadra, con la cual, cerca de Lipari, empeñó un sangriento combate, sin resultado decisivo; despues, delante de Palermo, alcanzó una señalada victoria, en la que habiendo sido herido Ruyter mortalmente, los suyos abandonaron el funesto Mediterráneo. Los franceses hubieran podido enseñorearse de la isla; pero Louvois, negando los socorros, dejó perder la ocasion, y con ella los frutos de aquella victoria. Vióse, pues, Du Quesne obligado á permanecer ocioso, hasta que, informado de las intenciones del rey, pidió permiso de retirarse.

Luis XIV creía entonces necesario dirigir aquellas fuerzas al Norte de Europa; de consiguiente, envió al marqués de la Feuillade, servil adulator de los grandes y en extremo terco con los inferiores, á fin de que se llevase de Messina la guarnicion. Fué preciso engañar á los



messineses, para que la certeza de recaer al instante bajo la venganza española no los indujera á oponerse á la marcha de las tropas. Proclamado virey el marqués en medio de indecibles fiestas, se concilió los ánimos y secundó los arranques generosos del pueblo; fingiéndose luego que quería atacar á Palermo, confió la custodia de los fuertes á los messineses mientras hacia embarcar soldados, víveres y cañones. Los messineses le regalaron un estandarte con la efigie de la Virgen de la Carta, alegrándose ya de la ruina de su antigua rival. ¡Desgraciados! En el momento de darse á la vela declaró el general francés que abandonaba la ciudad, y que los que quisiesen embarcarse con él acudirían á bordo en el término de cuatro horas. Fácil es figurarse las angustias de todo un pueblo vendido tan vilmente. Cerca de siete mil habitantes se apresuraron á aprovecharse en medio de la mayor turbación, del ofrecimiento que se les hacia, abandonando bienes, mujeres é hijos, y pasando alternativamente de los sollozos que les arrancaba aquel cúmulo de miserias á los gritos de odio y venganza. La Francia habia gastado 30.000.000 en aquella expedición. Messina, la ciudad de la Virgen, invocó en su desesperación el auxilio de los turcos; pero los españoles se anticiparon y tomaron la plaza. Vióse reducido el número de habitantes de sesenta mil que eran á once mil; los títulos, documentos y manuscritos griegos comprados á Lascaris, fueron arrebatados á aquella desgraciada ciudad. Perdió la elección de sus magistrados, y quedó sometida á las cargas comunes; el fisco se apoderó de los bienes de los fugitivos, y Luis XIV continuó por espacio de diez y ocho meses proporcionando á estos el necesario alimento; pero luego les mandó abandonar la Francia bajo pena de la vida. Muchos de ellos, de ricos que eran, se vieron reducidos á la mendicidad, otros se dedicaron al robo, mil quinientos renegaron de Cristo por Mahoma, quinientos volvieron á su patria con un salvo conducto de la España, y exceptuando sólo á cuatro, el virey los envió á todos á galeras.

Luis XIV no habia abandonado los designios que sus predecesores habian formado respecto del Piamonte, é intentaba excitar allí disturbios

para aprovecharse de ellos. Victor Amadeo II habia heredado el trono á la edad de nueve años, bajo la regencia de Juana, su madre, partidaria de Francia, que se ocupaba en tranquilizar, no sin efusión de sangre, la provincia de Mondovi, donde el impuesto sobre la sal habia producido una sublevación. Era hermana de la reina de Portugal, que sólo habia parido á don Pedro una hija. Luis propuso la mano de esta princesa á Victor Amadeo, con la corona de aquel pequeño reino y de sus extensas colonias. Todo estaba ya combinado: desestimando la ley de Lamégo, Victor conservaría también la Saboya, cuando de repente los descontentos, que necesariamente debia encontrar en el Piamonte la idea de verse sometidos á un rey lejano y casi extranjero, se manifestaron en una conspiración de los principales habitantes y en los gritos lanzados por el pueblo. Esto era lo que esperaba Luis XIV; pero la regente tuvo la prudencia de romper el matrimonio proyectado, y preferir al reino que esperaba aquel de que estaba en posesión. Se negó también á admitir los soldados que le ofrecía Luis para sujetar á los mondovitas.

Génova era ardientemente ambicionada, tanto por los saboyanos como el rey de Francia, el cual, no pudiendo olvidar que sus abuelos la habian poseído, se mezcló en todos los asuntos que la concernían. Carlos Manuel urdió una conspiración con Rafael de la Torre para apoderarse de Sabona; pero habiendo sido descubiertos sus proyectos, resultó una corta guerra. Luis XIV se interpuso, pretendiendo que Génova debia someterse sin condiciones á su decisión. Mas como ésta fuese poco favorable, aquella república se negó á aceptarla: dijo entonces el rey que Genova estaba en connivencia con el gobernador de Milan, y exigió después que restituyese los bienes confiscados á Juan Luis Fiesco, alegando que aquel conspirador no habia tenido más objeto que entregar la república á la Francia. Hasta le intimó desarmar cuatro galeras de libertad que acababan de equiparse; y su embajador Saint-Olon suscitaba á cada momento cuestiones de las que el lobo juzga suficientes para devorar al cordero.



Extendióse además la voz de que Génova vendia municiones á los argelinos; pero el hecho era que Luis se dejaba llevar por sus ministros, y que el de la Marina deseaba la guerra, apenas muerto Colbert, que se oponia á ella. En consecuencia, Luis XIV, mientras adormecía á los genoveses con negociaciones, envió una escuadra á las órdenes de Seignelay, ministro de Marina, la cual, formándose delante de la ciudad, sumida en la incertidumbre, le dirigió una mezcla de acusaciones, exigencias y amenazas. La república rechazó las humillaciones que se le querian imponer, y se armó como pudo para resistir el ataque; pero vióse de repente inundada por trece mil bombas; brutal abuso de la fuerza, al que ni siquiera precedió un aviso á los comerciantes franceses para que se retirasen, de modo que se encontraron expuestos á las balas de sus compatriotas y al furor de la irritada muchedumbre. La ciudad, destrozada, incendiada, perjudicada en 109.000.000, y hambrienta, no halló más medio de salvación que someterse á todo. Luis exigió que los genoveses rompiesen todas sus relaciones con España, que desarmasen las galeras sospechosas, y que el dux, á quien el estatuto prohibia salir de la ciudad, se dirigiese á Versalles, acompañado de cuatro senadores, á implorar la real clemencia. Francisco María Imperiale emprendió, en efecto, aquel viaje, y se le recibió con humillante pompa; habiéndole preguntado el rey qué le habia parecido más extraordinario en su palacio, contestó: «Hallarme yo en él.» Como le tratasen con altivez los ministros, dijo: «El rey nos arranca del corazón la libertad, pero sus ministros nos la devuelven.»

Hemos visto que Luis usó al poco tiempo con Roma de igual arrogancia. Muchos males irrogó, pues, á Italia aquella generación de franceses que, deseosos de poseerla, sólo sabian inquietarla.

Es sabido que en la provincia de Pignerol, los valles de Luserna, Pesona y San Martín, estaban habitados por valdenses. Pacíficos é ignorantes, vivian de los productos de su industria, hasta que los reformados suizos los sometieron. Entonces el gobierno piamontés tuvo

que vigilarlos, mostrándose más ó menos tolerante con ellos; pero habiendo Madama Real introducido el culto católico en algunas localidades, los Barbetti (como se les llamaba por el nombre de *barba* que dan á sus ministros en señal de respeto), se rebelaron abiertamente, Carlos Manuel II envió tropas que los sujetaran, y una vez sometidos, confirmó sus privilegios, con tal que no recibiesen extranjeros en sus valles, que no ejercieran su culto fuera de ellos, y que no opusiesen obstáculos á los misioneros. Alguna violación de estos pactos sirvió de pretexto para emplear el rigor, y aunque es difícil dirigir tropas por entre aquellas montañas, los Barbetti sucumbieron. Juan Leger, su ministro, que los habia excitado á la rebelión, esparciendo rumores alarmantes, se vió precisado á huir y publicó la *Historia general de las iglesias evangélicas en los valles del Piamonte* (Leyden, 1669), donde exageró los rigores usados, presentándolos como matanzas y añadiendo el atractivo de los dibujos.

La Europa le creyó; Carlos Manuel pasó por un Neron; de consiguiente, abundaron las quejas por parte de Holanda, de Suecia, y en especial por parte de Cromwell, que ofreció á los perseguidos asilo y tierras en Irlanda. Al fin un congreso reunido en Turin arregló la paz, estipulando un perdón general y las concesiones anteriores, con determinación de los límites á que debian sujetarse los Barbetti. Se dejaron intactas sus fuerzas, de modo que podian sublevarse de nuevo, como lo verificaron cuando Luis XIV revocó el edicto de Nantes. Muchos protestantes fugitivos se refugiaron entre los valdenses para librarse de las dragonadas y de las hogueras, por lo cual aquel rey pretendió que fuesen arrojados, y que el duque de Saboya extinguiese aquel foco de herejía y de rebelión en las fronteras del Delfinado; y para obligarle á ello, ó ayudarle, envió tropas. Victor Amadeo II prohibió á los valdenses el ejercicio de su culto hasta en las casas particulares; mandó que se demolicen las iglesias; que se expulsara á los ministros y maestros; que á los niños se les educase en la Religión Católica, so pena de cinco años de galera á los padres y de azotes á las madres. Los reformados